

ENIGMAS Y CLAVES DEL LENGUAJE DE JOHANN PETER HEBEL

por MARTIN HEIDEGGER

El lenguaje literario alemán que habla en la contemplación y la narración de Hebel¹ es el más simple, el más claro, el más grávido de seducción al mismo tiempo, y de más evidente reflexión, que se haya escrito jamás. El lenguaje del cofrecillo de tesoros de Hebel se mantiene como la alta escuela de cuantos se dispongan a hablar y escribir, en la justa medida, en el llamado lenguaje literario.

¿Dónde reside el enigma del lenguaje de Hebel? No en una artificiosa voluntad de estilo, desde luego. Tampoco en el propósito de escribir lo más popularmente posible. El enigma del lenguaje del cofrecito de joyas se basa en el hecho de que Hebel logró asimilar al lenguaje literario el lenguaje del dialecto alemánico. Hace vibrar así Hebel el lenguaje literario como puro eco de la opulencia dialectal.

¿Oímos aún el lenguaje de la cajita? ¿Nos interesa sencillamente nuestro lenguaje al punto de que le oigamos? ¿O se nos desvanece el lenguaje propio? Realmente. Lo un día hablado de nuestro lenguaje, su inagotable antigüedad, se sume más y más en el olvido. ¿Qué es lo que ocurre?

Cuando el hombre habla y cómo habla sólo lo hace tras haber oído ya el lenguaje. Por eso el no escuchar el lenguaje es ya un modo de escucharle. El ser humano habla partiendo del lenguaje que a su esencial carácter le dice algo. Llamamos a este lenguaje lengua materna. En lo que se refiere al lenguaje históricamente desarrollado —que es lo que la lengua materna es—, debemos decir que cabalmente lo que *habla es el lenguaje, no el hombre. Este sólo habla en cuanto, a su vez, responde al lenguaje.*

En nuestra era y como consecuencia de la costumbre y lo precipitado del hablar y escribir cotidianos, se establece una relación distinta respecto del lenguaje, de predominio cada vez más decisivo. Queremos decir que el lenguaje es también sólo un instrumento, como todo lo cotidiano, por lo demás, de que nos ocupamos. Un instrumento: aquel de que nos servimos para comprender e informar.

Esta idea del lenguaje es algo tan corriente ya para nosotros, que de su siniestro poder apenas nos damos cuenta. Entretanto este siniestro se hace cada vez más evidente. La idea del lenguaje como un instrumento de información alcanza hoy hasta lo máximo. Se conoce, ciertamente, este proceso, pero no se cavila sobre

su sentido. Se sabe que en conexión con el arte de construir cerebros electrónicos, no sólo se construyen ya computadoras, sino máquinas de pensar y traducir. Todo calcular, sin embargo, tanto en sentido lato como en sentido estricto, todo pensar y traducir, se mueve en el elemento del lenguaje. En virtud de las mencionadas máquinas se ha hecho realidad la *máquina del lenguaje*. La máquina del lenguaje en el sentido del plan técnico de computadoras y máquinas de traducir, es algo distinto de la máquina de hablar. Conocemos ésta en la forma de un aparato que capta y reproduce nuestro hablar, no penetrando, ni ahondando aún en el hablar del lenguaje.

En cambio, la máquina del lenguaje, partiendo de sus maquinales energías y funciones, regula y mide ya el modo de nuestro uso posible del lenguaje. La máquina del lenguaje es —y sobre todo llegará a ser— un modo con el que la técnica moderna dispone de la especie lenguaje como tal y de su mundo.

Entretanto se manifiesta todavía, con carácter de primer término, la apariencia de que el hombre domina la máquina del lenguaje. Pero la verdad sería que la máquina del lenguaje pone al lenguaje en movimiento y domina así lo esencial del hombre.

La relación entre el hombre y el lenguaje ha entrado en una fase de transformación cuyo alcance no podemos aún calcular. Ocurre que tampoco puede detenerse en forma inmediata el curso de esta transformación. Continúa, además, por sí mismo, con andadura inexpresablemente silenciosa.

Debemos conceder, ciertamente, que en la vida cotidiana el lenguaje tiene la apariencia de instrumento de comprensión y como tal instrumento es usado en las circunstancias corrientes de la vida. Sólo que existen otras circunstancias que no son las corrientes. Goethe llama estas circunstancias las “profundas”, y dice del lenguaje:

“En la vida diaria nos arreglamos pobremente con el lenguaje porque sólo designamos circunstancias superficiales. En cuanto se trata de circunstancias profundas surge al punto otro lenguaje: el poético”.

A estas circunstancias profundas de la existencia humana alude Johann Peter Hebel cuando nos dice:

“Somos como plantas —queramos o no confesarlo— que deben crecer con las raíces desde la tierra para florecer en el éter y arrojar fruto”.

La tierra... Con esta palabra se designa en la frase de Hebel cuanto como lo visible, audible, tangible, nos

¹N. de la R. 1760-1826. No debe inducir a error la semejanza con el apellido del dramaturgo Friedrich Hebel, 1813-63.

sostiene y rodea, anima y tranquiliza: el mundo material, sensible.

El éter (el cielo)... Con esta palabra se alude en la frase de Hebel a todo aquello que percibimos, mas no con los órganos de los sentidos: lo no sensible, el sentido, el espíritu.

Ahora bien, camino y puente entre la hondura de lo totalmente sensible y las alturas del espíritu más audaz, es el lenguaje.

¿Hasta qué punto? La palabra lenguaje suena y resuena en el sonido verbal: en la imagen escrita se esclarece y relumbra. Sonido y escritura son, ciertamente,

algo material, pero material siempre y en cada caso en que otorga sonido y apariencia a un sentido. Como sentido material la palabra mide la amplitud del espacio disponible entre la tierra y el cielo. El lenguaje mantiene abierta la esfera en que el hombre habita la casa del mundo sobre la tierra y bajo el cielo.

Johann Peter Hebel peregrina, con claro sentido, a través de los caminos y puentes por los que cobramos experiencia del lenguaje. Lo podemos hacer también nosotros si buscamos la amistad con el amigo que, como escritor, es amigo él mismo de la casa del mundo... Con Johann Peter Hebel, el amigo de la casa.

EN EL ESTIO

*Llegaron los nadadores que por el río
Se dejaron llevar para que el joven cuerpo
Se igualase al agua, la
Inasible. Sentían
Cómo se volvían indivisos con la onda,
Con la luz de la celeste esfera. Luego,
Ya en la orilla y buscando algo que
En la lontananza se alejaba, aún caían
Gotas de su piel, hasta
Que el viento las sorbió. Quedó, sin embargo,
Un reflejo inalcanzable...*

HERMANN KASACK (1968)

(TRADUCCIÓN DE RAMÓN DE LA SERNA)